



This is the **accepted version** of the article:

Úcar, Xavier. «Los rostros de la opresión». A: De Freire a Boal: pedagogía del Oprimido. Teatro del Oprimido. (2009), pag. 9-14. 6 pàg. Ciudad Real: Ñaque.

This version is available at <https://ddd.uab.cat/record/252141>

under the terms of the IN COPYRIGHT license

PROLOGO: LOS ROSTROS DE LA OPRESIÓN

Max: ¿Quien eres compañero?
El preso: Un paria (.....)
Max: ¿Eres anarquista?
El preso: Soy lo que me han hecho las leyes (....)
Max: Pertenecemos a la misma iglesia
El preso: Usted lleva chalina
Max: ¡El dogal de la más horrible servidumbre! Me lo arrancaré para que hablemos
El preso: Usted no es proletario
Max: Yo soy el dolor de un mal sueño
El preso: Parece usted hombre de luces. Su hablar es como de otros tiempos
Max: Yo soy un poeta ciego
(Valle Inclán, texto entresacado de “Luces de Bohemia”)

Ser pobre es un delito (Bauman, 1998:113)¹

El de *opresión* es un término antiguo. No forma parte del léxico habitualmente utilizado para describir la realidad de nuestras sociedades actuales. Me refiero por supuesto, a las sociedades que hemos caracterizado como “desarrolladas” y que, en general, pertenecen a los llamados países del “primer mundo”, del “centro” o del “norte”. Al lado de otros términos más acordes con los tiempos como podrían ser los de *crisis, identidad, exclusión, cultura, red, desigualdad y globalización*, aquel concepto se ve anticuado.

Afirma Dahrendorf, (2005) que el nuestro es un *mundo desbocado*². Los cambios acelerados y continuos en cualquier dimensión de la vida; lo virtual, en tanto que nueva dimensión de lo real (Castells, 1998); las múltiples conexiones que configuran nuestro universo relacional; las tecnologías que median en dichas relaciones y en el trabajo; la presencia del riesgo en todos los aspectos de la vida; el individualismo como forma actualizada de estar en el mundo; y, por último, como resultado de todo ello, la

¹ Considerada la naturaleza del juego actual, la miseria de los excluidos – que en otro tiempo fue considerada una desgracia provocada colectivamente y que por tanto debía ser solucionada por medios colectivos- sólo puede ser definida como un delito individual (Bauman,1998:116)

² Utiliza esta expresión porque, desde su punto de vista, recoge fielmente los dos rasgos que definen a nuestro mundo actual: *es un mundo incontenible que nadie puede parar y en él no hay nada a lo que podamos agarrarnos* (2003:39)

incertidumbre existencial derivada, son factores que enmarcan los grados de libertad de acción de las personas. Parecería que en un mundo como este un término como el de opresión ya no tiene cabida. Se podría incluso pensar que es un concepto que pertenece a un pasado ya superado.

Las situaciones de opresión, sin embargo, siguen reinando en buena parte de las sociedades denominadas del “tercer mundo”, “de la periferia” o “del sur”. En aquellos lugares donde la dictadura de unos pocos a través de las armas, del poder o de la riqueza se impone sobre la escasez, la necesidad o la pobreza de muchos, la opresión continúa mostrando sus múltiples rostros. La analogía de Valle Inclán en *Luces de Bohemia* me parece muy apropiada. Él ilustraba la opresión señalando que los obreros se reproducen amplia y abundantemente como las *moscas*, frente a los patronos, que lo hacen con la parquedad de los *elefantes*³.

En el marco de las sociedades desarrolladas, la opresión como concepto es fruto de una época en la que los totalitarismos de todo tipo nos hacían vivir y sentir oprimidos, desvalidos, vulnerables y pequeños. Era un tiempo en el que las cosas estaban claras, sabíamos quienes éramos y contra qué y contra quienes luchábamos. Y en aquel contexto las respuestas frente a la opresión eran diáfanas: la denuncia, el compromiso, la unión y la lucha. Nos sentíamos parte de algo, y aunque fuera desde la escasez, la clandestinidad o la pobreza, sentíamos que la justicia y la razón estaban de nuestro lado. Era un *nosotros* que proporcionaba la calidez del contacto, la consistencia y la fuerza de una identidad colectivamente compartida y la seguridad de formar parte de la historia.

En las últimas décadas, sin embargo, las cosas han cambiado de forma sustancial. En las sociedades actuales o estamos –integrados- o no estamos –excluidos-. Lo que de verdad importa son las conexiones que se poseen y los múltiples accesos que nos pueden proporcionar (Rifkin, 2001). Lo esencial es estar integrado ya que los excluidos no existen; son, como descarnadamente apunta Bauman (1998), los *estructuralmente superfluos*.

Se podría decir que, en la actualidad, más que bajo un régimen de opresión, lo que hacemos es vivir, de una forma normalizada, bajo una presión constante. Dicha presión

³ Dice Max Estrella: *Como todas las bestias poderosas y prehistóricas, (los patronos) procrean lentamente.*

se deriva de unas vidas que han de tratar constantemente con todo tipo de riesgos y asumir decisiones continuas sobre una diversidad extraordinariamente amplia de temas; incluso, sobre los aspectos más nimios de nuestra existencia (Beck-Gernsheim, 2003). Una presión generada, entre otras cosas, por una situación vital que Beck ha caracterizado de manera muy aguda al apuntar que las personas somos forzadas a buscar *soluciones biográficas a las contradicciones sistémicas* (1998:140).

La opresión siempre ha tenido sujeto; señala a aquel o a aquellos que ejercen la presión, lo que significa que toda opresión es una forma de relación. En nuestras sociedades actuales la presión está tan distribuida y tan normalizada que podemos caer en la trampa de pensar que eso es lo natural y que, en realidad, no hay sujetos “opresores”. De Sousa dice que ya no resulta fácil saber con claridad y convicción *en nombre de qué y de quién resistir, incluso suponiendo que se conozca aquello contra lo que se resiste* (2008:35).

El paso de la sociedad industrial y postindustrial a la sociedad de la información y el conocimiento nos han legado un presente en el que las opciones parecen pasar -o, al menos, eso quieren hacernos creer- solamente por la resignación, por el acatamiento o, en todo caso y como consuelo, por la solidaridad. Parece que nos hemos quedado sin opciones y no podemos hacer otra cosa que seguir el sendero que “el sistema” dibuja para nosotros. Forrester (2001) ha visibilizado y denunciado la estrategia de la globalización económica al presentarse como una opción única, sin alternativas de acción posibles. Estrategia que también han puesto de manifiesto, en el ámbito sociocultural, la tesis de la convergencia u homogeneización cultural y el denominado *pensamiento único*.

La ausencia de “opresores” nítidamente identificables ha hecho que la disidencia, la rebelión, la revolución y la lucha contra la opresión hayan dejado de tener sentido; al menos, tal y como las entendíamos tan sólo unas décadas atrás. Ahora bien, eso no tiene porque significar, necesariamente en todos los casos, que las situaciones de opresión y de exclusión no tengan rostro. Pero, aún en el caso de que fuera así, una tal situación no nos exime de actuar ya que, más allá de la muerte, no existen ni la inevitabilidad ni el destino. La acción, la actividad, afirma Dahrendorf (2005), es una paso obligado en cualquier política de la libertad. Nada justifica la resignación, la aceptación acrítica. En la

oscuridad más negra se enciende el faro de las utopías que, como decía Ricoeur (1997), es el arma principal para impedir cualquier cierre del debate⁴.

Ni Freire ni Boal hubieran aceptado o se hubieran resignado a una tal situación. Sus biografías son un ejemplo de búsqueda de alternativas a lo establecido y a lo conocido siempre con el objetivo de encontrar o de crear situaciones mejores y más justas para las personas. Las nuevas circunstancias sociales nos obligan a buscar, como diría Ibáñez (2001), *municiones para disidentes* que nos ayuden en el abordaje de las situaciones vitales propias de nuestro presente. Y eso es, precisamente, lo que ambos nos han dejado: un arsenal ideológico, teórico, práctico y metodológico para la disidencia; para la construcción y reconstrucción personal y colectiva. Sus esperanzas, su incansable trabajo, sus exilios, sus utopías -y las nuestras- ponen a la educación y al teatro en el centro de la ecuación que puede mediar entre la opresión y la libertad.

Quizás en nuestros días Freire y Boal hubieran hecho, respectivamente, una *Pedagogía* y un *Teatro de la exclusión*, de los excluidos. Las personas excluidas muestran hoy un rostro aún más descarnado que el que mostraban los oprimidos de ayer ya que éstas ni tan siquiera tienen el consuelo del *nosotros* (Bauman, 2003). Seguimos, hoy como ayer, en el marco de la política y de lo político y en los espacios que dibujan para potenciar u obstaculizar las vidas de las personas que los ocupan. Y, repitámoslo una vez más, la pedagogía y el teatro son, antes que nada, actividades políticas: practicarlos es una forma de hacer política. Y esto es algo que los poderosos han tenido muy claro a todo lo largo de la historia. Por eso en muchas sociedades tanto la una como el otro han sido, tan a menudo, objeto de represión, prohibición o, directamente, persecución. La opresión siempre ha sido enemiga acérrima del conocimiento.

En las últimas décadas han cambiado los conceptos y los términos con los que definimos y caracterizamos las situaciones actuales; han cambiado los contextos en los que se producen la vida y las relaciones socioculturales; y han cambiado también, de manera sustancial, las mismas características y condiciones de la vida. Hay algo, sin embargo, que no cambia: siguen existiendo personas y grupos –sean oprimidas o excluidas- que continúan sin tener ni la voz ni los medios para participar en la vida social y cultural. Lo

⁴ Cit. Bauman, 1998:150.

que caracteriza a estas personas – los llamados “*sin clase*”, “*clase marginada*” (Bauman, 1998) o *clase inferior* (Wilson, 1987)⁵- y lo realmente terrible es que, en realidad, no forman una clase, es decir, una fuerza social capaz de organizarse y actuar conjuntamente, sino que no son otra cosa que una multitud sin un perfil y una estructura claros (Dahrendorf, 2005)

No es que aquellos “*sin clase*” no puedan participar en términos de igualdad, como quizás se hubiera podido denunciar unas décadas atrás; es que ni tan siquiera pueden participar porque están fuera. Es a ellos a quienes miran y a quienes hablan Freire y Boal: ambos reivindican la importancia de esas voces y la necesidad de amplificarlas y escucharlas. Las consideran voces autorizadas: de hecho, las más autorizadas para conocer, para saber y para hablar sobre cómo se viven sus vidas en sus propios contextos.

Ese es el punto en el que Freire y Boal se encuentran y esa es, también, más allá de los términos que utilizan, la clave de su actualidad. Desde mi punto de vista esa es, asimismo, la razón por la que su visión del mundo y las herramientas conceptuales y metodológicas que nos han legado para transformarlo, resultan hoy tan necesarias.

La reciente desaparición de Boal, al igual que sucedió con la de Freire, supone una tremenda pérdida; la pérdida del maestro, de aquel que nos marcaba una dirección, nos enseñaba un camino y nos mostraba cómo caminar. Somos, sin embargo, afortunados porque tanto uno como otro nos han dejado su visión del mundo y de las personas, sus teorías, sus prácticas y su ejemplo de compromiso y dedicación a los demás, especialmente a aquellos que más lo necesitan.

Su desaparición nos responsabiliza puesto que nos hace deudores y continuadores de su legado. Pero hay que decirlo claramente: ambos no han sido otra cosa -nada más y nada menos- que personas; unas personas contextualizadas en un espacio y un tiempo determinado. Decía Nietzsche (1973) que se recompensa mal a un maestro permaneciendo siempre discípulo. Ni Freire ni Boal deseaban discípulos; buscaban -y toda su vida lucharon por conseguir- ayudar a las personas a construir sus propios

⁵ Cit. Dahrendorf, 2005:93. Afirma este autor que, en la actualidad, Wilson prefiere denominar a estas personas, los “*verdaderamente desfavorecidos*”

caminos; a ser libres, esto es, capaces de pensar, de sentir, de vivir y de crecer por ellas mismas.

Quizás ese es uno de los principales peligros que afrontan las ideas, las teorías y las metodologías que sobreviven a sus autores, sobre todo, si crean escuela: el pensar que aquellas son inmutables y que perviven más allá del tiempo y del espacio. Creo que es preciso huir del dogmatismo que caracteriza la ortodoxia de los discípulos: la fidelidad acrítica al “maestro”. No habría, desde mi punto de vista, mayor traición a unos espíritus tan críticos e innovadores como los de Boal y Freire.

Escuché a Gadotti, el amigo y seguidor de Freire, decir en una conferencia que Freire nunca hubiera sido *freiriano*. Creo que esa frase refleja de manera muy clara lo que queremos señalar. Las metodologías, las técnicas y las teorías, en el ámbito del teatro y de la intervención socioeducativa no pueden esperar que sea la realidad –que es esencialmente dinámica- la que se adapte a ellas. Son ellas las que han de evolucionar, en nuestras manos y en nuestras mentes, en una constante búsqueda de nuevas y mejores maneras de conectar, comunicar, expresar y representar. Ellas nunca pueden ser un fin en sí mismas. Como ya hemos apuntado, en tanto que procesos y útiles políticos, la educación y el teatro son, antes que nada, medios al servicio de las personas y de la ciudadanía para actuar en la mejora de la calidad de sus vidas.

Si algo hemos aprendido de Freire y de Boal es que actuando sobre nosotros y sobre nuestro entorno podemos cambiar y mejorar nuestras condiciones de vida. Si algo hemos aprendido de ellos es que no hay nada escrito, que todo está por escribir y que para hacerlo debemos partir de donde estamos y de quienes somos para luchar por llegar a donde queremos estar y a quienes queremos ser. Si algo seguimos aprendiendo de ellos es que todas las voces cuentan y que la educación y el teatro son unos medios apropiados y útiles para llegar a todas ellas, para incluirlas y para acompañarlas en el proceso de contar –de ser alguien, de participar- en la vida sociocultural.

Boal denomina “*coringa*”, esto es, *comodín*, al técnico del teatro del oprimido que trabaja con las personas, grupos y comunidades. El *comodín* es el que se adapta a la situación; el que puede ubicarse en cualquier lugar; el que puede jugar cualquier papel y tomar cualquier valor; es la carta que se necesita. Por encima de todo, el *coringa* es un medio

para conseguir los objetivos que nos hemos propuesto. Creo que la imagen es muy apropiada: Educación, teatro y política entrelazados de una manera difícilmente discernible.

Dice Dahrendorf que *si queremos vivir en sociedades civilizadas debemos hacer todo cuanto esté en nuestras manos para devolver a los excluidos al mundo de oportunidades de la vida social* (2005:94). A eso fue a lo que Freire y Boal dedicaron toda su vida. Y eso es lo que este libro trata de presentar: la trayectoria vital y metodológica de estos autores y el arsenal de técnicas que el teatro del oprimido provee para trabajar por el acceso a aquellas oportunidades.

El libro que tienen ante ustedes es, en realidad, muchos libros o, quizás debería decirlo de otra manera: es un libro urdido a través de muchas historias. En él se tejen historias de compañerismo y de amistad; de búsqueda, análisis e investigación; de relación y empatía con personas que sufren; de muchas horas de arduo trabajo; de experimentación personal y grupal; de formación y de aprendizaje; de descubrimiento de nuevas sendas por las que transitar; y también, como no podía ser de otra manera, de sueños personales y sueños compartidos.

Al principio sólo estaban las preguntas: ¿Cómo es que nunca antes se ha puesto en relación la *pedagogía del oprimido* con el *teatro del oprimido*? ¿Qué tienen en común Freire y Boal? ¿Tiene sentido buscar puntos de contacto entre ellos más allá del hecho de que ambos se focalizan sobre unos mismos sujetos; los oprimidos? ¿También se puede hablar de educación o de pedagogía en el marco del *teatro del oprimido*? ¿Es posible pensar el *teatro del oprimido* como una estrategia de intervención socioeducativa?

Todas estas preguntas abrieron la puerta a un proceso de investigación personal y transatlántico puesto que se desarrolló en nuestro país pero también en Brasil, lugar del que son originarios Freire, Boal y la propia autora del trabajo. Dicho proceso investigador culminó en una tesis doctoral defendida por Tania Barauna en la Universidad Autónoma de Barcelona. Una tesis en la que, de una u otra forma, todos las personas que colaboramos en este libro, hemos tenido la oportunidad y el privilegio de participar.

El resultado está en sus manos. Ojalá hayamos sido capaces de transmitir a través de las palabras y las páginas que siguen no sólo los conocimientos sino, sobretodo, las

experiencias y las emociones que hemos ido viviendo a lo largo de su elaboración. Esperemos que este libro sea para todos y cada uno de sus lectores un punto a partir del que crecer sea como educadores, como “teatreros” o, simplemente, como personas. ¡Qué ustedes lo disfruten!

BIBLIOGRAFÍA

- BAUMAN, Z. (1998) **Trabajo, consumismo y nuevos pobres**. Gedisa. Barcelona.
- BAUMAN, Z. (2002) **Modernidad líquida**. Fondo de cultura económica. Buenos Aires.
- BECK, U. (1998) **La sociedad del riesgo**. Paidós. Barcelona.
- BECK, U.; BECK-GEMSHEIM, E. (2003) **La individualización**. Barcelona: Paidós
- CASTELLS, M. (1997) (1998a) (1998b) **La era de la información. Economía, sociedad y cultura**. Vol. 1, 2, 3 Madrid. Alianza
- DAHRENDORF, R. (2005) **En busca de un nuevo orden. Una política de la libertad para el siglo XXI**. Paidós. Barcelona.
- DE SOUSA SANTOS, B. (2008) **Reinventar la democracia. Reinventar el Estado**. Sequitur: Buenos Aires, Ciudad de México, Madrid.
- FORRESTER, V. (2001) **Una extraña dictadura**. Anagrama. Madrid
- IBAÑEZ, T. (2001) **Municiones para disidentes**. Gedisa. Barcelona.
- NIETZSCHE, F. (1973) **Así habló Zarathustra**. Alianza. Madrid.
- RIFKIN, J. (2001) **La era del acceso. La revolución de la nueva economía**. Paidós. Barcelona.

Xavier Úcar

Dpt. Pedagogia Sistemàtica i Social

Universitat Autònoma de Barcelona